

En cuanto á Sebastián, debía procederse con él de otra suerte.

—¡Llamadme á Hyphax!—dijo rugiendo el tirano.

Pocos minutos después compareció un numida, alto y medio desnudo, ostentando el distintivo de capitán de los arqueros africanos, que era un arco de desmedida longitud, un carcaj de vivos colores y lleno de flechas, y una espada ancha y corta. Llegado en presencia del Emperador, mantúvose rígido é inmóvil, semejante á una estatua de bronce con ojos lucientes, de vivo esmalte.

—Hyphax,—dijo Maximiano,—tengo que hacerte un encargo para mañana, y es preciso que lo ejecutes bien.

—Mandad, señor,—contestó el jefe negro con feroz sonrisa que dejó ver una doble hilera de blanquísimos dientes.

—¿Ves al tribuno Sebastián?

El negro inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien; acabo de descubrir que es cristiano.

Si allá en su país natal Hyphax hubiese puesto incautamente el pié sobre un áspid ó un nido de escorpiones, no hubiera experimentado tanto horror como ahora al hallarse tan cerca de un cristiano, uno de esos monstruos que adoraban las más nefandas abominaciones que se entregaban á los peores libertinajes y cometían las más horribles atrocidades.

El Emperador prosiguió en los términos siguientes, mientras Hyphax acompañaba cada una de sus frases con un movimiento de cabeza afirmativo y con una contorsión satánica que á él se le antojaría una sonrisa:

—Conducirás á tu cuartel á Sebastián, y por la mañana temprano, nó esta noche, porque á tales horas sé que todos estais borrachos, sino mañana temprano, que tendréis el pulso firme, le ataréis á un árbol en el bosquecillo de Adónis y le asaetearéis poco á poco hasta que muera. Poco á poco, ¿lo entiendes? Nada de esos certeros disparos que van directamente al corazón y al cerebro: sino flechazos y más flechazos hasta que espire transido de dolor y sin una gota de sangre... ¿Lo entendiste bien? Pues llévatelo de aquí, y mucho sigilo, porque si no!...

## XXIII

### Negociaciones

A despecho de las órdenes de Maximiano, pronto se difundió no sólo en palacio, sino fuera de él, la noticia de que Sebastián era cristiano y como tal debía morir asaeteado á la mañana siguiente. Pero en nadie produjo esta doble noticia tan profunda impresión como en Fabiola.

—¡Sebastián cristiano!—decía para sí,—¿el más noble, el más virtuoso, el más discreto de los patricios romanos, pertenecer á esa abominable secta? ¡Imposible! Y sin embargo el hecho parece cierto. ¿Me engañaría, pues? ¿Obraría como un vil impostor que afectaba virtud, no siendo más que un libertino? ¡Imposible también! No, no puedo creerlo; tengo de su lealtad argumentos demasiado claros. ¿Cómo, por tanto, puede ser cristiano? A la menor indicación de su parte ¿no hubiera él obtenido mi mano y mi fortuna? ¡Oh! ¡no! Tanta delicadeza, tanta generosidad de corazón, bondad, talento y valor, no pueden ser simple oropel, sino oro, oro finísimo y de subidos quilates... Mas ¿cómo explicarme el fenómeno de que un cristiano pueda ser el tipo de lo bueno, lo virtuoso y amable?

En vano revolvía en su imaginación este inexplicable enigma, pues como consideraba la cuestión á través de un prisma engañador, ó sea bajo el aspecto pagano, no podía ocurrírsele ni remotamente la sencilla explicación de que Sebastián poseía tan bellas prendas precisamente porque era cristiano.

Al fin principió á reflexionar si tal vez tendría razón el anciano Cromacio, y si el cristianismo no sería lo que ella imaginara sin pararse, como debiera, á examinarlo minuciosamente.

—Estoy segurísima—proseguía diciéndose—que Sebastián jamás cometió ninguno de esos horribles crímenes que á los cristianos se imputan. Y, sin embargo, ¿cómo es que todo el mundo acusa á esa secta de cometerlos? ¿No podrá ser que esa religión posea tal vez una forma vulgar y grosera y otra más refinada y pura, como sucede con nuestras dos especies de epicurismo, uno soez y material que se arrastra por el cieno del sensualismo, y el otro noble, investigador y reflexivo? Siendo

así, Sebastián pertenecerá á la más elevada clase del cristianismo, y abominará y despreciará las supersticiones y los vicios del vulgo de los cristianos.

Esta hipótesis no dejaba de ser halagüeña y sostenible; mas al claro entendimiento de Fabiola se le resistía creer que un soldado tan esclarecido, dotado de tan noble carácter y de tan perspicaz entendimiento, hubiese podido asociarse á tan odiada secta. Y con todo, ¡Sebastián estaba dispuesto á morir por su fe!

De Zoe y de los demás nada sabía, porque acababa de volver de la Campania con objeto de arreglar los negocios de su padre.

—¡Qué lástima—exclamaba—no haber hablado más detenidamente sobre el particular con Sebastián! ¿Por qué no procuré penetrar más en los secretos de aquel noble entendimiento? Ahora es demasiado tarde, pues mañana ¡ya no existirá!

Esta última idea le traspasaba el alma como una aguda saeta. Perdiendo á Sebastián, parecía perder la mitad de la vida que le quedaba en su solitaria orfandad: no sabía conformarse con la funesta idea de su muerte, como si á él la uniese algun secreto y misterioso lazo.

Anegado el espíritu de Fabiola en tan tristes pensamientos, que hacían más sombríos las tinieblas de la noche á medida que iban extendiéndose, interrumpióla de pronto la entrada de una esclava con una lámpara encendida. Era la negra Afra, que venía á preparar la mesa para la cena de su ama.

Mientras disponía lo necesario, preguntó la esclava:

—¿Sabéis, señora, la noticia?

—¿Cuál?

—Que mañana temprano matarán á flechazos á Sebastián. ¡Lástima! ¡tan gallardo mozo!

—¡Oh cállate, á menos que puedas darme algunos pormenores que yo ignore!

—Sí puedo, mi noble ama, y pormenores que os sorprendrán. ¿Creeréis que era, segun se ha descubierto, uno de esos malvados cristianos?

—¡Silencio, Afra, y no hables de lo que no entiendes!

—Como querals, señora. Supongo, sin embargo, que su suerte os es indiferente. En cuanto á mí, nada me importa. No será este el primer oficial á quien mis paisanos hagan morir asaeteado. Así han muerto muchos, pero también se han salvado algunos, debido sin duda á la casualidad.

Afra dijo estas palabras con tan marcada intención, que no se escapó á la perspicaz inteligencia de Fabiola. Alzó esta los ojos y lanzó una escrutadora mirada al atezado rostro de la esclava. Pero Afra siguió impassible y ocupada en su tarea como si nada hubiese dicho, hasta que al fin le preguntó Fabiola:

—¿Qué te proponías darme á entender, Afra?

—¡Oh! nada, nada. ¿Qué puede saber una pobre esclava, y sobre todo qué es lo que puede remediar?

—Afra, algo pretendiste indicarme con tus palabras, y deseo saberlo.

Dió la esclava una vuelta al rededor de la mesa y se acercó al lecho en que descansaba Fabiola. Después miró en torno suyo y la preguntó en voz baja al oído:

—¿Os interesa salvar la vida á Sebastián?

Fabiola saltó de su asiento y respondió:

—¡Seguramente!

Afra se llevó un dedo á los labios para encarecer el silencio, y dijo:

—Costará muy caro.

—¿Cuánto?

—Cien mil sextercios (1) y mi libertad.

—Acepto las condiciones. ¿Qué seguridades me ofreces?

—Nada me daréis si veinticuatro horas después de la ejecución no os presento vivo á Sebastián.

—Convenido. ¿Y tú qué seguridades exiges?

—Me basta vuestra palabra, señora.

—Anda, pues, y no pierdas un momento.

—No corre tanta prisa,—replicó tranquilamente la negra.

Poco después encaminóse á palacio con paso ligero, y entró en el cuartel de los mauritanos.

—¿Tú aquí á estas horas, Jubala?—dijo al verla el capitán Hyphax. —Esta noche no estamos de fiesta.

—Ya lo sé, Hyphax; pero tengo que comunicarte un asunto importante.

—¿De qué se trata?

—De mí, de tí y de tu prisionero.

—Mírale allí,—dijo el bárbaro señalando al patio á que daba la ventana de su habitación.—¿Quién diría, al ver su tranquilo sueño, que mañana debe morir asaeteado? No dormiría de mejor gusto si estuviera en visperas de casarse.

—Como lo haremos nosotros dos al día siguiente.

—¡Poco á poco! Es preciso antes allanar ciertas dificultades.

—¿Cuáles?

—La primera, tu libertad. Yo no puedo casarme con una esclava.

—Tal dificultad no existe ya.

—La segunda, que traigas dote, pero un dote decente, ¿estamos? porque, á decir verdad, nunca he necesitado más dinero que ahora.

(1) Unas 18,000 pesetas.

—¡Lo tendrás! ¿Cuánto necesitas?

—Lo menos 40,000 sextercios.

—Pues te daré 80,000.

—¡Magnífico! ¿De dónde has sacado tanto dinero? ¿A quién has robado ó envenenado, mi adorada sacerdotisa? ¿Sabes que es demasiado esperar hasta pasado mañana para casarnos? Vale más mañana; esta misma noche si quieres.

—¡Alto ahí! ese dinero lo he adquirido legítimamente, pero á él van unidas ciertas condiciones. Además, ya te he dicho que venía á hablarte del preso.

—Y ¿qué tiene que ver con él nuestra boda?

—Muchísimo.

—No comprendo.

—Es preciso que no muera; que esté vivo todavía veinticuatro horas después de la ejecución.

Quedósela mirando Hyphax con una expresión mezclada de estupor y de cólera, y hubiérale estampado en el rostro un bofetón tremendo como primera caricia conyugal á no haberle contenido su aspecto tranquilo y sereno, junto con la extraña fascinación de sus ojos, á la manera que una serpiente pudiera hacer con un buitre en su país natal.

—¿Estás loca?—dijo el africano.—¡Pedirme la vida de Sebastián! Esto es como si se te antojara pedir mi cabeza. ¡Si hubieses visto la cara del Emperador cuando me dió la orden!

—¡Bah! es cuestión de que el preso pase por muerto.

—¿Y si revive?

—Ya cuidarán de ocultarle los cristianos.

—¿Has dicho que debía vivir veinticuatro horas? Esto no es tan fácil. ¡Si te hubieses comprometido sólo por doce!

—Sí, pero como sé que eres buen calculador, no me paré en eso. Que muera á las veinticinco horas; poco me importa.

—¡Es imposible, Jubala, imposible! Se trata de un personaje demasiado importante.

—Pues no hablemos más de ello, y vaya enhoramala el contrato. El dinero sólo se me entregaba con esa condición. ¡Qué lástima! ¡perder así 80,000 sextercios!

Y esto diciendo Jubala se volvió en ademán de retirarse.

—Espera, mujer, espera un momento,—dijo Hyphax á impulsos de la codicia.—¡Ochenta mil sextercios! Pero ¡si la mitad cuando menos de esta suma tengo que emplearla en sobornar á mis arqueros!

—Para ese objeto tengo en reserva otros veinte mil sextercios.

—¡Oh! ¿de veras, princesa mía, dulce hechicera mía, demonio seductor de mi alma? Mas tal cantidad sería demasiada para esos bribones. Les daremos sólo la mitad y destinaremos

la otra mitad á los gastos de nuestra boda... ¿Estás contenta?

—Contentísima, con tal que la cosa se haga.

—¡Trato cerrado! Sebastián vivirá veinticuatro horas, y después celebraremos una boda de príncipes.

Mientras tanto Sebastián, muy ajeno de las negociaciones entabladas para salvarle, dormía profundamente, como san Pedro entre sus guardias, tendido sobre las losas de piedra como descanso á las extraordinarias fatigas de la precedente jornada. Después de algunas horas de sueño despertó con las fuerzas reparadas, y observando el silencio que reinaba en torno suyo, se levantó calladamente, extendió los brazos y se puso á orar.

La oración de un Mártir no es una preparación para morir, porque su muerte no necesita preparación. El soldado que proclamándose repentinamente cristiano inclina su cabeza y mezcla su propia sangre con la del confesor á quien debía herir, ó el amigo conocido que por saludar al Mártir que se encamina al suplicio es preso y voluntariamente se asocia al sacrificio del que es objeto de su amor (1), están ya tan bien preparados para la muerte como el que pasó meses enteros en la cárcel entregado á la oración. No es un grito de perdon por sus pasadas culpas, porque el Mártir está penetrado de ese perfecto amor que aleja todo recelo, y está interiormente seguro de aquella gracia soberana que es incompatible con el pecado. Tampoco oraba Sebastián para pedir á Dios valor y fortaleza, porque no conocía el miedo ó la cobardía, y nunca se le ocurrió dudar que después de haber arrostrado con intrepidez la muerte en el campo de batalla por su príncipe en la tierra, podría también correr alegremente á su encuentro en cualquier parte por su Señor celestial. Así, pues, la oración de Sebastián era sólo un himno de gloria al Rey de los reyes, un alegre cántico de amor á Dios, una incesante adoración unida á la que el Supremo Hacedor tributan los ardientes Serafines.

Si alzando los ojos al transparente firmamento veía brillar en él las estrellas cual centinelas vigilantes, invitábalas á alternar con él, como consigna, las alabanzas al Señor. En el vecino bosque de Adonis susurraba el viento por entre los deshojados árboles, y esta era la única armonía que desde la tierra se elevaba al cielo en aquellas nocturnas horas de invierno.

Ya el gallo había repetido su canto matutino: á este pensamiento saltó de júbilo en su pecho el corazón de Sebastián, y esperó con ansia el momento de ofrecerse como blanco á las ve loces flechas disparadas certeramente contra sus carnes, silbando como serpientes y ávidas de su sangre. Era un generoso

(1) I llamado desde entonces san Adauto, es decir Adjunto, porque los cristianos no sabían su nombre. Celebrase su fiesta el día 30 de Agosto.

holocausto de sí mismo á la muerte por el honor del santo nombre de Dios, para aplacar su justa cólera y para que concediera á su afligida Iglesia paz y prosperidad.

Luego sus pensamientos remontábanse á mayor altura, desde la Iglesia militante á la triunfante, y contemplaba aquella esfera sublime, como águila que desde altísima cumbre clava sus ojos en el sol. Arrolladas las nubes desaparecieron; rasgóse el azul y bordado velo de la mañana como en otro tiempo el del Tabernáculo de Jerusalem, y Sebastián pudo sondear con su mirada las profundidades de las divinas revelaciones, y penetrando más allá de las jerarquías de los Santos y de las legiones angélicas, contemplaba la más recóndita é intensa visión de gloria que ya se había manifestado al primero de los Mártires, el diácono Estéban. Suspendió entonces su himno: las armonías que de allí descendían hasta él eran demasiado suaves y perfectas para permitir las disonantes voces humanas; llegaban hasta él sin esperar retorno, pues le inundaban el corazón con una beatífica anticipación del paraíso. ¿Y qué podía él dar en cambio? Era como una fuente viva, pura, fresquísima, que vertiendo raudales, no de agua, sino de fulgurante luz de los pies del Cordero, caía en el fondo de su corazón, que no podía hacer más que aspirar y recibir la celeste dádiva. Y en medio de las esplendorosas ondulaciones de esa luminosa corriente podía discernir, ya uno, ya otro de los felices amigos que le precedieran en el camino del cielo, cual si estuviesen refrigerándose en aquellas aguas de vida inmortal.

Su rostro brillaba cual reverbero de aquellos divinos esplendores en que se veía anegada su alma: y cuando puesto en pié, con los brazos extendidos en cruz, fijas sus miradas en el cielo y vuelta la faz al Oriente, le hirieron los primeros rayos de la nueva aurora, estaba tan transfigurado, tan divino, que al abrir Hyphax la puerta y al verle sintióse como sobrecogido de un religioso terror y aún estuvo á punto de ir á postrarse á sus pies y adorarle como á un dios.

Sebastián volvió, al fin, de su arrobamiento; é Hyphax, en cuyos oídos sonaba sin cesar el tintin de los sextercios, sólo pensó en poner en ejecución los medios para ganarles. De su compañía, compuesta de cien hombres, escogió cinco tiradores tan diestros que eran capaces de hacer blanco en una flecha disparada y partirla por medio con otra flecha más veloz: los reunió en su habitación, especificóles lo que debían hacer y la recompensa que recibirían, recomendóles en gran manera que guardasen el secreto, y dispuso lo concerniente á la ejecución. En cuanto al cadáver, los cristianos habían ofrecido ya por él secretamente á Hyphax otra suma considerable, y dos esclavos debían aguardar afuera para llevárselo.

Condujeron á Sebastián al vecino parque del palacio, que estaba separado de la habitación que antes ocupara por el cuartel de estos arqueros africanos: lo cubrían varias calles de árboles, y estaba consagrado á Adónis. Caminaba alegre en medio de sus cinco verdugos y seguido de todos los demás arqueros, á los cuales sólo se les permitió asistir en calidad de meros espectadores, como si se tratase de un ejercicio de extraordinaria destreza. Ya en el sitio designado, despojósele de sus vestidos y atósele á un árbol: los cinco flecheros escogidos se colocaron en frente de él, y toda la demás tropa se agrupó al rededor.

¡Desolador teatro para la muerte de un héroe como Sebastián! No tenía cerca ni un amigo, ni una simpatía, ni un solo cristiano, testigo de su constancia, que llevase á los fieles su postrer adiós y les refiriese las particularidades de su muerte. Pisar la noble arena del Anfiteatro atestado de espectadores, verse rodeado de cien mil testigos de la fortaleza cristiana, encontrar miradas que animan y oír las bendiciones pronunciadas en voz baja por personas queridas, era hasta cierto punto consolador, sublime; era la débil ayuda de las emociones humanas, añadida á la eficacia sobrenatural de la gracia. Hasta la vociferación de una plebe que se desataba en insultos contribuía á redoblar el valor natural. Pero esta muda y silenciosa escena, ejecutada al amanecer, dentro del parque de un palacio; ser atado á un árbol con la mayor indiferencia, como un muñeco relleno de paja, para servir de blanco á unos pocos flecheros; hallarse solo en medio de una horda de negros salvajes de hórrido aspecto que hablaban una lengua bárbara é ininteligible, sin otro estrépito que el volador silbido de las flechas alternado con las groseras burlas de aquella turba vil; todo esto se asemejaba más á un acto de crueldad perpetrado por una gavilla de bandidos á la sombra de un bosque que á la confesión pública y gloriosa del nombre de Cristo: tenía más apariencias de asesinato que de martirio.

Sebastián, sin embargo, en nada de esto pensaba, sabiendo que tenía por testigo á los Angeles del cielo y que la mirada de Aquel por quien iba á morir derramaba sobre él mucho más resplandor que el flameante disco del sol, que asomaba ya por el horizonte bañándole de luz.

Extendió el primer africano la cuerda de su arco hasta tocar con ella la oreja, crujo la flecha y fué á clavarse retumbando en las carnes de Sebastián. Siguiéron los otros cuatro, disparando por turno é hiriendo á la víctima, pero con tal habilidad y acierto que las flechas iban á clavarse cerca de los órganos vitales del cuerpo sin tocarlos, segun ordenara el Emperador. A cada flechazo aplaudían los circunstantes con algazara, con risotadas de salvaje alegría y repugnantes chistes, sin demos-

trar el menor sentimiento de piedad ó de respeto al ilustre Mártir. Para ellos era tal espectáculo un juego, un alegre pasatiempo; bien al revés para Sebastián, que sufría la punzada cruel de los saetazos, el escozor de las heridas, la opresión de los nudosos cordeles, la forzada postura en que le colocaran, el agotamiento de la vida por la pérdida de la sangre. Sobrepujaban empero á la congoja de los dolores su fuerza de ánimo, su firmeza de corazón, su constancia en la fe, su inalterable paciencia, su anhelo de padecer por el nombre de Cristo, el fervor de su oración, su inmediata esperanza de entrar en posesión de la celeste gloria, en la que tenía fija su extática mirada.

Pero ¡ah! si era cruel su suplicio, más lo fué el ver dilatársele la hora de su completo triunfo. Las áureas puertas del cielo no se abrían aún: el Mártir de intención estaba ciertamente reservado á mayor grado de gloria en la tierra, pues en vez de pasar súbitamente de la muerte á la vida eterna, vino á caer sin sentido en el regazo de los Angeles. Sus verdugos, viendo que habían cumplido cuanto se les previniera, desataron las cuerdas que le sujetaban, y Sebastián cayó exánime y al parecer sin vida sobre el lecho de su propia sangre.

## XXIV

### El redivivo

Era ya muy entrada la noche cuando la esclava negra, después de arreglar á su satisfacción las negociaciones de su matrimonio, volvía á casa de su señora. Hacía mucho frío; así es que la africana iba bien tapada y caminaba presurosa y sin ganas de que alguien la detuviera. Pero, aunque fría, la noche era bella y clara, y los rayos de la luna plateaban las aguas de la *Meta sudans*. Afra se detuvo delante de ella, y después de un momento de silencio soltó una carcajada, como si aquella hermosa fuente le recordase algún ridículo suceso. Volvíase para continuar su camino cuando sintió que la cogían bruscamente por el brazo.

—A no oírte reír,—dijo con áspero acento el que la sujetaba,—no te habría conocido; pero no es posible equivocarse entre

mil tu risa de hiena. Oye cómo responden á ella rugiendo las fieras tus hermanas desde el Anfiteatro. ¿Me dirás de qué te reías?

—¡De vos!

—¿Cómo de mí?

—Sí, Corvino. Pensaba en la última vez que nos encontramos en este mismo sitio, y en lo neciamente que en tal entrevista os condujisteis.

—Muy bien, Afra: siempre es de agradecer que te acuerdes de mí, precisamente cuando no eras tú en quien pensaba yo ahora, sino en tus paisanas que rugen en esas cuevas.

—¡Bah! cesad en vuestras impertinencias y llamad á las personas por su nombre. Sabed que ya no soy Afra la esclava, ó á lo menos dejaré de serlo dentro de pocas horas. Me llamo Jubala y voy á ser la esposa de Hyphax, el capitán de los arqueros mauritanos.

—Respetabilísima persona que tiene el único defecto de hablar una jergonza que sólo él entiende. Pero estas pocas horas que dices te quedan de esclava bastarán para el negocio de que te quiero hablar. ¿Decías que la última vez que nos vimos me mostré necio y ridículo? Esto no es exacto: tú fuiste quien me ridiculizó y me engañó como á un necio. ¿Qué se hicieron tus bellas promesas que yo te pagué en dinero contante y sonante? Mis monedas eran de buena ley, pero tus promesas han sido como el polvo que el viento arrebata.

—¡Bravísimo! mas dice un proverbio de mi tierra: «vale más el polvo que cubre el vestido de un pobre, que el oro de que está llena la bolsa de un rico». Pero, vengamos á nuestro asunto. ¿De veras creísteis en el poder de mis hechizos y de mis filtros?

—¿Que si lo creía? Sí, por cierto. ¿Acaso dirás que eran patrañas é imposturas?

—Todos no, pues ya veis que nos hemos desembarazado de Fabio y tenemos á la hija en posesión absoluta de sus bienes. Era este un paso preliminar indispensable.

—¡Cómo! Según eso, ¿fué obra de tus hechizos el fallecimiento del padre?—preguntó Corvino estupefacto y apartándose de la africana recelosamente.

Esta, que no esperaba que produjesen tanto efecto sus palabras, se propuso sacar de ellas el mejor partido.

—Claro que sí,—contestó.—¿Qué cosa más fácil que deshacerlos de quien nos estorbe?

—Buenas noches, Afra,—dijo Corvino disponiéndose á dejar á la negra.

—Aguardad un momento, Corvino,—dijo ella sonriendo y con tono propicio.—Recuerdo que aquella noche os dí dos consejos que bien valían todo vuestro dinero: uno habéis dejado de seguirlo, y habeis obrado contrariamente al otro.

— ¡Cómo!

— Os aconsejé, no que corrierais á caza de los cristianos, sino que con astucia los hicieseis caer en vuestras redes. Así ha procedido Fulvio, y le ha valido algo. Vos haciendo lo contrario ¿qué habéis ganado?

— Nada más que rabia, humillación y palos.

— Pues ya veis que mi primer consejo era bueno: vengamos ahora al segundo.

— ¿Cuál era?

— Que después de enriqueceros con los despojos de los cristianos fueseis á ofrecer á Fabiola vuestra mano y vuestras riquezas. Es verdad que hasta ahora rechazó desdeñosamente á cuantos aspiraban á ser sus esposos; mas he observado que ninguno de ellos era rico, sino todos gente viciosa y disipadora que la solicitaba para remediar su ruina. Y... creedme, Corvino, el que anhele obtener el premio debe partir del principio de que dos y dos hacen cuatro. ¿Entendeis?

— Demasiado. Pero ¿á dónde iré á pescar esos *dos* que me faltan para hacer *cuatro*?

— Escuchadme, Corvino, y procurad comprenderme bien, porque esta será tal vez nuestra última entrevista. Yo quisiera veros rico y feliz porque os tengo simpatía: sí, me sois simpático porque os creo capaz de odiar de todas veras, sin escrúpulo, sin tregua ni piedad.

Atrájole Afra hacia sí, y siguió diciéndole en voz baja:

— He sabido por Eurotas, á quien sonsaco todos sus secretos cuando se me antoja, que Fulvio ha puesto los ojos en algunas preesas cristianas de gran valor, y en particular anda tras de una que... Venid acá, á la sombra, y os explicaré lo que debéis hacer para tomarle la delantera y apoderaros del precioso tesoro. Dejad para Fulvio la estéril satisfacción del asesinato que medita: vos procurad interponeros entre él y los despojos de la víctima.

Bajando más la voz, pero expresándose con viveza, ardiente la mirada y el rostro animadísimo, siguió la negra dando á Corvino instrucciones que él juzgaría muy acertadas para el logro de sus deseos, pues apenas concluyó Afra de hablar, exclamó arrebatado de gozo:

— ¡Bravo! ¡magnífico! ¡tienes un pico...!

— ¡Silencio!—dijo Afra tirándole del brazo y señalando el edificio que tenían en frente.

¡Qué cambio tan grande se había verificado allí en tan pocos días! La última vez que estos dos miserables se habían encontrado en aquel sitio para tramar la ruina de otros, ocupaban la ventana que tenían cerca dos jóvenes virtuosos que, como dos genios bienhechores, prestaban oído atento para enterarse de

sus perversos designios y frustrarlos. Ambos jóvenes han desaparecido ya: el uno reposa en el sepulcro; el otro duerme tranquilamente en la víspera de su suplicio. La ventana en la que conversaban algunas noches antes estaba ahora ocupada por otras dos personas muy distintas.

— Aquel que se asoma allí es Fulvio,—dijo Corvino.

— Y el otro es Eurotas, su genio maléfico,—añadió Afra.

Uno y otra se retiraron á la parte más oscura para observar y escuchar atentamente.

Fulvio se retiró de la ventana y volvió luego á aparecer trayendo en la mano una espada, cuya empuñadura examinó con ahinco á la claridad de la luna. En seguida la arrojó lejos de sí y exclamó tras de un furioso voto:

— ¡No es más que bronce!

Eurotas vino tras él trayendo un cinturón de oficial que parecía muy rico, y después de examinarlo escrupulosamente, exclamó con rabia:

— ¡Todo piedras falsas! ¡Te has lucido, Fulvio! ¡has hecho un magnífico negocio!

— Bueno será—replicó Fulvio—que á mi mala estrella tenga que añadir vuestras insultantes reconvencciones. Este miserable botín es el precio de la vida de un oficial predilecto del Emperador.

— Que seguramente ni aún te lo agradecerá.

Y Eurotas tenía razón.

Volvamos ahora á nuestro Sebastián.

A la mañana siguiente, muy temprano, los esclavos recibieron de los arqueros el cuerpo del Mártir, y mientras caminaban indiferentes con la preciosa carga, quedaron sorprendidos al oír á una negra que acercándoseles dijo misteriosamente en voz baja:

— Aún está vivo.

Los esclavos, siguiendo las indicaciones de una persona que acompañaba la conducción del cuerpo de Sebastián, en vez de llevarlo al cementerio, subieronlo á las habitaciones de Irene, lo cual pudieron efectuar fácilmente por lo temprano que era y por haberse trasladado el Emperador la noche antes á su favorita residencia del Laterano. Fué llamado al instante el presbítero Dionisio, que era también médico; el cual, después de examinar una por una las heridas, declaró que eran todas curables por no haber interesado las flechas ninguno de los órganos vitales; pero que á causa de la enorme pérdida de sangre transcurrirían forzosamente muchos días antes que Sebastián pudiera tenerse en pié.

Durante las primeras veinte y cuatro horas, Afra no cesó de informarse del estado del tribuno; y así que espiró el término pactado, condujo á Fabiola al departamento de Irene para que se cerciorase por sí misma de que aún respiraba Sebastián. Cum-

pliendo su palabra, Fabiola manumitió á su esclava y entrególe los cien mil sextercios, y poco después el Palatino y el Foro resonaron con la escandalosa zambra de cantos, danzas y orgías que acompañaron las nupcias de Afra con Hiphax.

Mostraba Fabiola tan tierno interés por la salud de Sebastián, que Irene supuso que era también cristiana. Al principio limitábase á informarse á la puerta, haciendo pasar á manos de la huésped de Sebastián una respetable suma para atender á los gastos de su curación; pero á los dos días, cuando el tribuno comenzó á mejorar, la instaron cortesmente á que entrase, y por la primera vez en su vida se halló á sabiendas en el seno de una familia cristiana.

Irene fué la esposa de Cástulo, uno de los neófitos convertidos con Cromacio. Hacía poco tiempo que su marido había muerto por la fe; mas Irene continuaba desapercibida é ignorada en el mismo departamento señalado á su familia en el palacio imperial. Vivían con ella dos hijas, cuya diferencia de conducta no pudo menos de notar Fabiola así que principió á tener con ellas alguna intimidad. Una de las dos hermanas parecía mirar á Sebastián como un intruso, y nunca ó rara vez se acercaba á verle; trataba á su madre con despego y altanería; era, en fin, mundana, egoísta, ligera y entrometida. La otra, de menos edad, distinguíase al contrario por su mansedumbre, docilidad, amabilidad y atenciones con los demás; cariñosa y sumisa con su madre; buena y cuidadosa con el pobre enfermo. En cuanto á Irene, era el tipo de la matrona cristiana de la clase media. Fabiola no descubrió en ella elevado entendimiento, ni grande instrucción, ni refinada cultura; pero en cambio la veía siempre serena, activa, sensible, recatada, sincera, dotada de un corazón tierno y generoso, amable y paciente en sumo grado. Nunca la pagana Fabiola había conocido una familia que á esta se asemejase, tan sencilla, tan buena, tan bien ordenada; cuya paz y armonía nada podía turbar si no era el carácter de la hermana mayor.

A los pocos días supieron que la dama que diariamente las visitaba no profesaba el cristianismo; mas no por eso alteraron en manera alguna el modo afable de recibirla. Fabiola por su parte hizo otro descubrimiento que no dejó de mortificarla: la mayor de las hermanas era todavía pagana. Pero los pensamientos de Fabiola se concentraban principalmente en Sebastián, cuya convalecencia progresaba con gran lentitud. Formaba planes con Irene para trasladarle á su quinta de Campania, donde contaba que se le ofrecerían sobradas ocasiones de conferenciar con él sobre materias de religión.

Un obstáculo insuperable vino á desbaratar tal proyecto.

No intentaremos hacer penetrar al lector en los sentimientos

de Sebastián al hallarse restituído á la vida. Suspirar tanto tiempo por el martirio, haberlo sostenido hasta caer casi muerto y perder de vista este mundo, haber casi tocado con el dedo la puerta del cielo, y encontrarse ahora de nuevo en este destierro como peregrino expuesto siempre á perderse, todo esto era seguramente para él una prueba mucho más dolorosa que el martirio mismo. Era su estado comparable al de uno que en medio de una noche tormentosa intentara atravesar un embravecido río ó un brazo de mar proceloso, y después de luchar largas horas y de verse expuesto de continuo á ser arrastrado por la corriente ó tragado por las olas, se encontrase á la mañana siguiente en la misma orilla de donde había partido: era parecerse á san Pablo, devuelto al mundo para luchar con Satanás después de haber oído en el tercer cielo misteriosas palabras que únicamente la Suprema Inteligencia puede proferir. No obstante, ni la más leve queja se escapó de los labios de Sebastián. Adoró sumiso la voluntad del Señor, esperando que su soberano designio no sería otro que proporcionarle el mérito de un doble martirio. Y tan vehemente era su anhelo por alcanzar esta segunda corona, que rechazó con firmeza cuantas proposiciones le hicieron, especialmente Fabiola, para que huyera ó se ocultase.

—Tengo ganado—decía lleno de generoso entusiasmo—uno al menos de los privilegios de los Mártires: el de hablar intrépidamente á sus perseguidores. Y resuelto á emplearlo el primer día que pueda regirme por mis piés, espero de vuestra caridad que me pongáis pronto en medida de que llegue para mí tan suspirado día.

## XXV

## La segunda corona

El famoso complot revelado á Corvino por la esclava negra era el mismo á que aludía la conversación entre Fulvio y su tutor. Convencido por las inocentes revelaciones de la ciegucecita de que Inés era cristiana, Fulvio creyó tener ya dos cuerdas para su arco; pues, ó la obligaría por medio de intimidaciones á casarse con él, ó en caso contrario la delataría, obteniendo así gran parte de las riquezas que le fuesen confiscadas: es decir

que contaba con dos medios para apoderarse de su fortuna. Excitábale Eurotas á optar por la segunda alternativa, mientras su pasión moviale en favor de la primera. Desesperanzado de conseguir otra entrevista con la joven patricia, le escribió una respetuosa, pero apremiante carta, pintándole su desinteresado amor é instándole á que le correspondiese, y en la cual sólo al fin dejó deslizar vagamente la insinuación de que se vería compelido á tomar otras medidas en el caso de ser desoída su humilde súplica. A esta carta contestó Inés con otra muy atenta, pero que desvanecía con dignidad y firmeza el más leve destello de esperanza, pues encerraba la más formal y terminante negativa, manifestándole además sin rebozo que, desposada ya con el Cordero immaculado, no podía admitir protestas amorosas de un hombre mortal. Con esta repulsa el corazón de Fulvio quedó cerrado á todo sentimiento de piedad, aunque sin renunciar por esto á proceder con toda prudencia.

Entre tanto, convencida Fabiola de lo resuelto que estaba Sebastián á no huir ni ocultarse, concibió la atrevida y romántica idea de salvarle á pesar suyo, arrancando su perdón al Emperador. La joven patricia no conocía aún los abismos de perversidad que en el corazón humano existen á veces, como tampoco sabía de cuán dura condición era aquel monstruo de Maximiano, impenetrable á todo sentimiento de piedad y gentileza; y hacíase la ilusión de que si bien al pronto se enfurecería, á poco que reflexionase no condenaría á muerte por dos veces á un hombre. Pidióle, pues, por escrito una audiencia, y conocedora de la avaricia imperial acompañaba la solicitud con una sortija que engastaba piedras preciosas de rara belleza é inmenso valor, como ligero testimonio, le decía, de la leal adhesión que le profesaron siempre tanto ella como su difunto padre. El presente fué aceptado; pero no obtuvo otra contestación sino que el día 20 de aquel mes acudiese al Palatino con su memorial y entre la turba de los otros suplicantes aguardase en la escalera principal la salida del Emperador, á la hora en que éste iría al templo para ofrecer sacrificio á los dioses. Aunque de tal respuesta poco podía prometerse, Fabiola resolvió arrostrarlo todo para salvar á Sebastián.

Llegó al fin el día designado, y vestida de negro por su doble condición de huérfana y de suplicante, fué á tomar sitio en una larga fila de personas más desventuradas que ella: madres, hijos, hermanas que venían á presentar con mano trémula súplicas en favor de seres queridos que gemían en las prisiones ó en las minas. A la vista de tantos desventurados, sobrado numerosos para que todos obtuviesen gracia, Fabiola sintió desfallecer la escasa esperanza que todavía le quedaba, y extinguióse el último resto de ella cuando vió bajar al Emperador,

deteniéndose en cada escalón para arrebatarse un memorial de manos temblorosas, pasar por él desdeñosamente la vista, rasgarlo ó arrojarlo al suelo, y sólo por caso raro alargar alguno á su secretario, personaje poco menos brutal que él.

Iba á llegar su turno á Fabiola, pues el Emperador estaba á dos gradas de ella; y aunque viese lucir en uno de sus dedos los brillantes de la sortija que le envió, latiale violentamente el corazón, no por temor al tirano, sino por la suerte de Sebastián. ¡Cuánto no hubieraorado entonces si supiera cómo y á quién! Maximiano alargaba la mano para tomar un memorial, cuando de repente volvió la cara al oír una voz que, en tono resuelto y sin tratamiento alguno, le llamaba por su nombre. Fabiola levantó también los ojos, sobresaltada al inesperado eco de aquella voz que le era bien conocida.

En frente, en lo alto del muro de mármol, distinguió una ventana, practicada para dar luz á un corredor secreto que conducía á las habitaciones de Irene. Guiada por la voz, alzó los ojos en aquella dirección y divisó en el antepecho de la ventana la figura de Sebastián, que demacrado y descolorido, aunque sereno y grave, estaba allí de pié dejando entrever su pecho y brazos lacerados por entre la túnica que le envolvía. Al oír el bien conocido toque de las trompetas que anunciaba la proximidad del Emperador, dejó el lecho y arrastróse hasta allí para saludarle.

—¡Maximiano!—exclamó con voz apagada, pero firme y perceptible.

—¿Quién eres tú, que así te atreves á llamar á tu emperador?—preguntó el tirano, volviéndose en ademán colérico.

—Un hombre que viene casi del reino de la muerte para advertirte que se acerca rápidamente el día de la ira y de la venganza. Has regado el suelo de Roma con la sangre de los Santos, y arrojado sus sagrados cuerpos á los ríos y á los mullares. Has profanado los templos y los altares del verdadero Dios y arrebatado la herencia de sus pobres. Por estos y otros crímenes tuyos, por tu disolución, tus injusticias y tiranías, tu avaricia y soberbia, Dios te ha juzgado y en breve descargará su cólera sobre tu cabeza. Morirás con la muerte de los libertinos; el Señor dará á la Iglesia un emperador según su propio corazón, y tu memoria será execrada en el mundo entero hasta la consumación de los siglos. Arrepiéntete, ¡oh impío, mientras es tiempo, é implora el perdón de Dios en nombre del Crucificado, á quien hasta ahora perseguiste!

Reinó un profundo silencio durante aquel discurso. El Emperador parecía sobrecogido de un espanto que paralizaba todos sus miembros; pues había reconocido á Sebastián y se figuraba estar en presencia de un muerto. Mas, volviendo pronto en



sí, y dominado nuevamente por la ira, gritó á sus guardias:

—¡Hola! Traedme al instante á ese... (evitaba pronunciar su nombre). ¡Hyphax! ¿Dónde está Hyphax? ¡Si acabo de verle!

El moro, en cuanto hubo reconocido á Sebastián, alejóse á toda prisa á su cuartel.

El Emperador, volviéndose á Corvino, que estaba junto á su padre, gritóle:

—Oye tú, bestia, ó como te llames: vuela al cuartel de los numidas y dile á Hyphax que venga al instante.

Obedeció Corvino temblando de miedo.

Ya Hyphax había enterado á los suyos de lo ocurrido, y con ellos se puso en actitud defensiva. Una sola puerta permitía la entrada en la extremidad del patio, y al presentarse el hijo del prefecto no se atrevió á pasar del umbral. Dos alas de cincuenta hombres cada una estaban formadas á uno y otro lado, con Hyphax y Jubala en el fondo. Silenciosos é inmóviles, desnudos sus negros brazos y pechos, tenían los arcos tendidos y las flechas apuntadas á la entrada; semejando una doble hilera de estatuas de basalto que condujese á un templo egipcio.

—Hyphax,—dijo Corvino con voz trémula,—el Emperador me envía á buscarte.

—Pues dí á Su Majestad respetuosamente de mi parte,—replicó el africano,—que todos mis arqueros han jurado no permitir entrar ni salir á nadie por el umbral de esa puerta hasta que el Emperador nos envíe una prenda segura de su perdón, cualquiera que sea la falta que hayamos cometido.

Apresuróse Corvino á transmitir esa noticia al Emperador, que la recibió con una carcajada. No le convenía enemistarse con aquellos hombres, porque en cualquier batalla ó insurrección eran las mejores lanzas para deshacerse de sus caudillos.

—¡Astutos bellacos!—exclamó.

Y entregando luego á Corvino la espléndida sortija de Fabiola, le dijo:

—Toma, y lleva eso á la mujer de Hyphax.

Corrió otra vez Corvino al cuartel de los numidas, y despachó su benévola embajada arrojando al patio la sortija. Al momento se bajaron todos los arcos y se aflojaron las cuerdas. Jubala se abalanzó llena de gozo á la sortija y la recogió; pero su marido, derribándola al suelo de un tremendo puñetazo en medio del aplauso general, le arrebató la joya de las manos. La pobre negra se levantó como pudo, comprendiendo que no había hecho otra cosa que cambiar su primera esclavitud con otra peor.

Al presentarse Hyphax al Emperador se excusó diciéndole:

—Si nos hubiéseis permitido atravesarle el corazón con una flecha, todo estaría concluido; pero nos lo prohibisteis, y por lo tanto la responsabilidad no puede ser nuestra.

—De todos modos,—dijo Maximiano,—esta vez quiero presenciara la operación para asegurarme de que está bien ejecutada. Que vengan dos de los tuyos con sus mazas.

Al punto se adelantaron hacia el Emperador dos verdugos de su comitiva. Sebastián, sereno é intrépido, permanecía en su puesto, apoyado en la pared para sostenerse en pié.

—¡Ea!—gritó el Emperador,—no mancheis con sangre estas gradas, sino arracadle la vida de un porrazo á la cabeza.

Volviéndose en seguida á Fabiola le alargó la mano y le dijo:

—¿Cuál es ahora tu petición, hermosa patricia?

Horrorizada la dama y próxima á desmayarse ante aquella atroz escena, replicó:

—Señor, temo que sea ya demasiado tarde.

—¡Cómo demasiado tarde!—exclamó el Emperador pasando la vista por el pergamino que le entregaba Fabiola.

Un relámpago cruzó entonces por los ojos de Maximiano, que exclamó furioso:

—Con que ¡sabías que Sebastian estaba vivo! ¿Eres también cristiana?

—No... señor,—respondió ella, quedándole casi atascada su negativa en la garganta.

¿Qué otra cosa podía responder, ni cómo preferir la muerte á ese *no*, con el cual, sin embargo, decia la verdad? ¡Ah Fabiola, tu día no puede tardar en llegar!

—Tú misma acabas de decirlo,—continuó el Emperador devolviéndole el memorial:—es ya demasiado tarde. Mira allá... Ese porrazo será para tu recomendado el golpe de gracia (1).

—Señor,—dijo respetuosamente Fabiola,—me siento desfallecer. Permitidme que me retire.

—Como gustes. Mas recibe primero las gracias por la preciosa sortija que me enviaste y que acabo de regalar á la mujer de Hyphax, tu antigua esclava. En aquella mano de ébano brillará más que en la mía. Anda en paz.

Y envióle un beso acompañado de una repugnante sonrisa, como si no estuviese allí el cadáver de un Mártir atestiguando su barbarie. No se equivocó el infame tirano: un golpe de maza envió á Sebastian, libre ya de toda persecución, á donde tanto ansiaba volar, adornado con doble palma y doble corona.

Viendo ya consumada su obra, prohibió el Emperador que fuese arrojado al Tiber el cuerpo de Sebastián.

—Atadle á los pies un peso enorme,—dijo,—y echadlo á la

(1) El *ictus graciosus* era el golpe que ponía término á los padecimientos del ajusticiado.